



José Manuel Losada
Antonella Lipscomb (eds.)

**Mito: teorías de un
concepto controvertido**

Premio
Internacional
de Pensamiento
y Ensayo
«Aristóteles»
2023

Sial / Trivium

textos

MITO: TEORÍAS DE UN CONCEPTO CONTROVERTIDO





Trivium. Biblioteca de textos y ensayo

Dirección:

Dr. José Ramón Trujillo - Universidad Autónoma de Madrid
Basilio Rodríguez Cañada - Grupo Editorial Sial Pigmalión

Comité científico:

Dra. María José Alonso Veloso - Universidade de Santiago de Compostela
Dr. Leon Burnett - University of Essex (Reino Unido)
Dr. Carlos Alvar - Université de Genève-IEMSO (Suiza)
Dr. Rafael Bonilla Cerezo - Universidad de Córdoba
Dra. Françoise Dubosquet - Université de Rennes 2- Haut Bretagne (Francia)
Dra. Ruth Fine - The Hebrew University of Jerusalem (Israel)
Dr. Ángel Gómez Moreno - Universidad Complutense de Madrid
Dr. José Manuel Lucía Megías - Universidad Complutense de Madrid
Dra. Karla Xiomara Luna Mariscal - El Colegio de México-CELL (México)
Dr. Ridha Mami - Universidad de la Manouba (Túnez)
Dr. Fabio Martínez - Universidad del Valle (Colombia)
Dra. María Payeras - Universitat de les Illes Balears
Dr. Luis Alberto Pérez Amezcua - Universidad de Guadalajara
Dr. Séverine Reyrolle - Université de Reims Champagne Ardennes (Francia)
Dr. Marcial Rubio Ávarez - D'Annunzio Università di Chieti-Pescara (Italia)

La colección «Trivium» se rige por un proceso de evaluación y revisión anónimo realizado por dos especialistas en el área (revisión por pares), uno de los cuales pertenece a su comité científico internacional. Todas las ediciones críticas y artículos científicos publicados en la colección han pasado esta revisión por pares y siguen los criterios de estilo y los estándares éticos establecidos en su constitución.

Editorial evaluada en Norwegian Register for Scientific Journals, Series and Publishers: Scientific Level 1; y en Scholarly Publishers Indicators in Humanities and Social Sciences(SPI), Lingüística, literatura y filología (2018): puesto 44, ICEE 9.

PREMIO INTERNACIONAL SIAL PIGMALIÓN DE PENSAMIENTO Y ENSAYO «ARISTÓTELES» 2023

El jurado del Premio Internacional de Pensamiento y Ensayo «Aristóteles» 2023, convocado por el Grupo Editorial Sial Pigmalión, formado por Carlos Alvar (Universidad de Alcalá, España), Rafael Bonilla Cerezo (Universidad de Córdoba, España), Francisco Gutiérrez Carabajo (UNED, España), José Manuel Lucía Megías (UCM, España), Karla Xiomara Luna Mariscal (El Colegio de México-CELL, México), Ridha Mami (Universidad de La Manouba, Túnez), Fabio Martínez (Universidad del Valle, Colombia), José María Paz Gago (Universidade da Coruña, España), Basilio Rodríguez Cañada (Grupo Editorial Sial Pigmalión, España) y Carlos Vásquez-Zawadzki (Universidad del Valle, Colombia), concede por unanimidad este galardón a

D. José Manuel Losada y D.^a Antonella Lipscomb,

por la coordinación y sus aportaciones a la obra
Mito: teorías de un concepto controvertido

Madrid, 7 de febrero de 2024

JOSÉ MANUEL LOSADA
ANTONELLA LIPSCOMB (EDS.)

MITO:
TEORÍAS DE UN CONCEPTO CONTROVERTIDO



Trivium
Biblioteca de textos y ensayo, 63
Sial ediciones

Comité Científico / Scientific Committee

- Dr. José Luis Aja Sánchez – Universidad Pontificia Comillas
Prof. Leon Burnett – Universidad de Essex
Prof. Richard Buxton – Universidad de Bristol
Prof. Vicente Cristóbal – Universidad Complutense
Dra. Christina Dokou – Universidad de Atenas
Dra. Rosa Fernández Urtasun – Universidad de Navarra
Dra. Ana González-Rivas – Universidad Autónoma de Madrid
Prof. Rafael Hernandez – Universidad de Southern Connecticut State
Dr. Mehmet Ilgürel – Universidad de Estambul
Dra. Asunción López-Varela – Universidad Complutense
Dra. Paloma Ortiz de Urbina – Universidad de Alcalá
Prof.^a Esther Sánchez-Pardo – Universidad Complutense
Prof.^a Metka Zupančič – Universidad de Alabama

ÍNDICE / INDEX

JOSÉ MANUEL LOSADA: «Introducción»	9
JOSÉ MANUEL LOSADA: «Introduction».....	13
ALBERTO FILIPE ARÁJUO & ROGÉRIO DE ALMEIDA: «Mito e arquetipo na perspectiva de Gilbert Durand».....	17
MARCO CARMELLO: «Mito e simbolo nel pensiero di Furio Jesi»	29
VICENTE CRISTÓBAL: «Concepto, fronteras y vigencia literaria del mito clásico»	41
RICARDO IBÁÑEZ RUIZ: «El mito como arte de entramar».....	61
JORGE LATORRE MERINO: «Mito y política: la doble dimensión del mito en la esfera de lo político»	71
JOSÉ MANUEL LOSADA: «Mito y mitocrítica cultural: un itinerario personal»	83
BEN PESTELL: «Coleridge, Schelling and Vernant on Tautegory in Myth».....	97
CRISTINA SALCEDO GONZÁLEZ: «Propuesta de metodología combinada para el estudio de los mitos: mitocrítica y recepción clásica»	107
MIGUEL VEGA MANRIQUE: «“Peter Pan no existe”. El lugar del nombre en el trabajo sobre el mito de Hans Blumenberg».....	119
AGRADECIMIENTOS / ACKNOWLEDGEMENTS.....	131

MITO Y MITOCRÍTICA CULTURAL: UN ITINERARIO PERSONAL

José Manuel Losada
Universidad Complutense

RESUMEN

¿Hasta qué punto una investigación puede asociarse a una vida? En estas líneas, narradas de modo autobiográfico, trazaré los principales vectores que, de modo parcialmente inopinado, han contribuido a la configuración de una definición científica del mito, iniciada hace treinta años, progresivamente afinada y definitivamente elaborada hace ahora tres. Hace tres décadas comenzó un nuevo proceso que había de conducir a una tarea de gran calado: detectar, estudiar e interpretar el mito en cada texto gracias a unas bases incuestionables; era preciso proporcionar una metodología, una hermenéutica y una epistemología del mito. Nació así la Mitocrítica Cultural. Como toda mi investigación, como toda vida, estas palabras también serán un canto agradecido a quienes han colaborado voluntaria e involuntariamente en este apasionante proyecto universitario.

TITLE

Myth and Cultural Myth Criticism: a Personal Path

ABSTRACT

To what an extent can an investigation be associated with a life? In this lecture, mainly autobiographical, I will trace the main directions that, in a partially unexpected way, have contributed thirty-three years ago to the configuration of a scientific definition of myth. But offering a definition of myth was not enough: it was yet necessary to contrast it with the texts, with other definitions, with experts. I had to unravel its weaknesses and take advantage of its strengths. Thus, began a new process leading to an even greater task: to detect, study and interpret myth in each text on the basis of unquestionable foundations; it was necessary to offer a methodology, a hermeneutic and an epistemology of myth. This is when Cultural Myth Criticism was born. Like all my research, like all my life, these words will also be a song of gratitude to those who have collaborated either voluntarily or involuntarily in this exciting university project.

De intento me he resistido a pronunciar conferencias en los seis congresos precedentes¹. Siempre he considerado que los organizadores de estos eventos deben concentrar sus fuerzas en asegurar las actividades previstas, remediar las incidencias imprevistas y acompañar a los congresistas.

De modo que estas líneas solo obedecen a la insistencia de los miembros de Asteria, Asociación Internacional de Mitocrítica y a numerosos compañeros empeñados en que yo pronuncie unas palabras sobre algo que, dicen, me viene como anillo al dedo.

No en vano todos saben que, durante los últimos quince años, la casi totalidad de mi investigación ha girado en torno a la formulación de una teoría científica del mito dentro de una metodología y una hermenéutica válidas que al cabo de los años he denominado Mitocrítica Cultural.

¿Solo quince? Más, muchos más.

Obligado es reconocerlo: por mucho que intente recordar, mi infancia apenas estuvo marcada por los mitos, con la salvedad de las historias contadas en una enorme Biblia que mis padres exhibían en el saloncito de la casa y cuyas ilustraciones yo miraba y recreaba con más gusto que interés religioso: me conmovían la resignación de Abraham, armado de un cuchillo para degollar a su hijo, la furia de Sansón, dispuesto a sepultarse con los filisteos bajo los cascotes del templo, o la firmeza de Judith, mostrando con altivez la cabeza del general Holofernes. Ya entonces la estética y el imaginario orientaban de algún modo mis primeros pasos.

Que aquellas narraciones fueran relatos religiosos o míticos me resultaba entonces irrelevante. Esta «o» adversativa –si algunos personajes bíblicos tienen o no carácter mítico– todavía divide a los investigadores; al menos para mí, mediante la teoría y la metodología más tarde establecidas, la cuestión ha quedado zanjada. Pero hay asuntos más importantes que deseo confesar.

Siguió un vacío temporal desmesuradamente largo. En la Universidad de Valladolid (1980-1985) me saturé de lecturas «tradicionales» (el adjetivo carece aquí de intención peyorativa), en las que todo ocurre según lo previsto en un mundo previsible semejante al nuestro: un padre avariento sufre lo indecible por el robo de su caja de caudales, una joven recién casada se entrega a aventuras liberadoras de la monótona rutina, un joven busca recuperar mediante la escritura los añorados recuerdos de un tiempo perdido...

Tras cumplir con mis obligaciones militares, con este ligero petate literario a mis espaldas emprendí un viaje a París un 2 de febrero de 1986, adonde llegué dos días más tarde: el tren descarrilló al arrollar un rebaño de ovejas y una mula a la

¹ Con la excepción del III Congreso («Mitos en crisis. La crisis del mito», 21-24 de octubre de 2014), en la que hube de improvisar una conferencia para sustituir a Véronique Gély, que perdió el vuelo a Madrid.

altura de Venta de Baños. Malamente instalado, una serie de trabajos en «B» me permitieron sobrevivir hasta la obtención de un lectorado en el instituto Henri IV. Un día, como complemento a mi Diploma de Estudios Avanzados en La Sorbona (1987), propuse a Pierre Brunel un trabajo sobre *El laurel de Apolo* de Calderón de la Barca. Con su elegante erudición y proverbial facundia, él impartía entonces un curso de doctorado sobre «Apolo sonoro», y yo había quedado prendado de un dios cuyas fuerza y majestad irradiaban un brillo deslumbrante.

La historia es conocida: el dios vanidoso se enamora rendidamente de la náyade Dafne, metamorfoseada en laurel por su padre Peneo en el instante crucial en que el hijo de Zeus la atrapa. Apoyado en la *Philosophia secreta* de Juan Pérez de Moya, procuré aplicar como mejor supe las interpretaciones alegórica, moral y anagógica a las que se prestaba el texto aurisecular. Sin saberlo, daba entonces mis primeros pasos en la hermenéutica mitológica.

Aquellas páginas gustaron a mi director de tesis, pero el trabajo doctoral me apartó por completo del mito: durante tres años encaucé toda mi atención a «la concepción del honor en el teatro francés y español del siglo XVII» (no salimos de la conceptualización que hoy nos convoca). Más adelante, mientras esperaba la fecha señalada para la defensa de la tesis, una mañana cayó entre mis manos un ejemplar de *El paraíso perdido* de Milton: lo leí de un tirón, subyugado por el toque romántico del traductor, nada más y nada menos que el autor de *Las memorias de ultratumba*; su impronta, como veremos, había de ser duradera.

Una buena tarde, cuando me despedía de un amigo para regresar a España, en octubre de 1990, su madre, entonces directiva de la gran editorial Gallimard, me regaló un precioso volumen: *La leyenda de los siglos*, de Víctor Hugo, en la colección de «La Pléiade», seguido de *El fin de Satanás y Dios*. Nuevo aldabonazo: ignoro cuántas noches pasé en blanco hasta que acabé aquel texto legendario; nada muestra mejor la hondura de su huella que la traducción de textos escogidos ofrecida cuatro años después en la colección «Letras Universales» de la editorial Cátedra.

A nadie se le oculta que esta *leyenda* es un popurrí: las divisiones y los temas de los capítulos solo obedecen a caprichos del poeta. Mezclados sin orden ni concierto, discurren por aquellas páginas Eva y Jesús, titanes, dioses y gigantes, Atila y Mahoma, un sátiro convertido en Pan y una visión futurista del siglo XX. En mi lectura y, más tarde, al preparar la traducción, advertí que muchas voces autorizadas incluían todas esas figuras (no solo Isis o el Diablo, sino Carlomagno, el Cid o Napoleón) en el saco de los «mitos» de la humanidad; otras mostraban, sin justificarlos, sus reparos. Circunspecto, por mor de mi incompetencia, yo no osaba opinar, pero un pálpito me sugería que tal desbarajuste de opiniones requería un

mínimo de acomodo. Quién me iba a decir que aquellas insinuaciones serían, años después, un acicate más en mi tarea de sistematización.

Me cuento entre los afortunados que pasan a impartir clases apenas concluyen su tesis. Una inesperada beca en la Universidad de Navarra me permitió entrar de hoz y coz en el mito del Ángel caído, hasta el punto de leer de un tirón *El final de Satanás y Dios*, los dos textos complementarios del amistoso obsequio parisino. Tanto me había cautivado la acongojada energía de aquel espíritu rebelde que, gracias a una beca y un proyecto, volé dos veces a Harvard (1992 y 1994) y una a Montreal (1995) para encerrarme con él durante seis meses en los sótanos de aquellas soberbias bibliotecas: quería experimentar su ansia suprema al pronunciar el blasfemo *non serviam!* y su ahínco por levantar una cohorte de esbirros dispuestos a presentar batalla a las huestes celestiales.

Tal había sido el embeleso de aquella heroica figura que aún recuerdo, ya de vuelta en Pamplona, el desconsuelo con que una destacada estudiante me confesó, abrumada, su decisión de abandonar uno de los seminarios que yo impartía: tal era el pánico que le provocaban mis explicaciones. Forzado era extraer la sabia lección: debido al choque de mundos, el mito vehicula una amplia dimensión emotiva.

No es mi intención aburrirles sobre mis interminables «paseos» por la geografía española en busca de un trabajo digno. Baste referirles que el puesto de profesor asociado en la Complutense entre enero de 1993 y junio de 1996 se convirtió en lo más parecido a un espejismo: decenas de miles de kilómetros, nocturnos los más, para cumplir con los horarios espartanos de dos universidades distantes, a la espera de una plaza que nunca llegaba. Decía un profesor que todo éxito es prematuro; juiciosa sentencia: mi primer retorno a España, que tan prometedor se había anunciado, acabó saldándose con un estrepitoso fracaso.

Segunda escapada al extranjero, esta vez a Oxford (1996-1998). Mientras acababa un proyecto financiado por el Ministerio («La influencia de la literatura española en Francia durante el siglo XVII»), me entregué a la edición de una *Bibliografía sobre el mito de Don Juan en la historia literaria* e incluso a una pieza de teatro sobre este personaje. Cientos de horas entre las estanterías de la Taylor Institution Library me permitieron buscar, encontrar y ordenar millares de obras y estudios en inglés, francés, alemán, italiano, portugués, español y diversas lenguas eslavas sobre el célebre seductor amonestado por el Cielo mediante la estatua del Comendador². Creo que de aquella época data uno de mis neologismos, el «propopomito», personaje mítico (no cualquier héroe) marcado por señas de identidad inconfundibles.

² Las secciones en inglés, italiano y portugués fueron obra de J. H. Arias, G. Boccazzi y M. C. de Frias e Gouveia, respectivamente.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de una puntualización de talla: el mito donjuanesco no radica tanto en el carácter seductor del irredimible calavera como en el impacto de dos mundos heterogéneos: ese preciso instante en que la estatua del Comendador toma vida y alarga la mano para sellar el pacto con el caballero es señal inequívoca del mito.

Tras la publicación de varios volúmenes, en Estados Unidos y Suiza, visité una tarde de noviembre de 1998 a un amigo en la Complutense que me anunció la convocatoria de una plaza de profesor ayudante doctor cuyo plazo expiraba a las 14:00 del día siguiente. Yo acababa de bajar del avión en Barajas y me disponía a pasar unos días con unos familiares. Salí de la Facultad sumergido en un mar de pensamientos encontrados, paré un taxi e indiqué al conductor la dirección de la casa de mi hermana. De repente –todavía hoy ignoro qué duende me inspiraría– grité: ¡No, al aeropuerto! Avión a Londres, autocar a Oxford, recogida de documentos, autocar a Londres, avión a Barajas y presentación de la instancia minutos antes de que sonara la campana. Inopinadamente, como las grandes cosas de esta vida, acometía mi segundo reencuentro con la universidad española.

* * *

La enseñanza de la «Literatura Francesa» me vino de perlas: pude zambullirme en el mito del Grial y en los mitos griegos adaptados por Corneille y Racine; Fedra, sobre todo: esa esposa de Teseo que, de súbito, bajo irreprimible influjo de la diosa Venus, cae locamente enamorada de su hijastro Hipólito. Entonces empezó, lo veo ahora sin lugar a duda, la cavilación más cerebral en torno a la problemática cuestión del concepto «mito». Para explicar a los estudiantes *El cuento del Grial* de Chrétien de Troyes yo necesitaba exponerles qué era un mito, lo cual exigía previamente alcanzar una definición satisfactoria (los avezados oyentes se habrán percatado de mi embestida óptica del concepto). Reuní cientos de teorías de los más conspicuos mitólogos; pero eran tan divergentes entre sí que, tras emborronar decenas de folios, hube de conformar una provisional y precaria, «a mi manera», por decirlo con palabras de la canción. El mito era un modo peculiar de explicar el mundo; más adelante, gracias a Ricœur, había de pulir esta función: no solo explicar, sino también comprender.

Siguieron años convulsos (2000-2006), en busca de una posición permanente. Iluso, osé presentarme, frente a los candidatos locales, a una ristra de oposiciones en las universidades de Salamanca, País Vasco, Jaén, Autónoma e, incluso, Complutense³. Fui el blanco de invectivas a diestro y siniestro. Personalmente, nunca

³ Caso diverso de los demás: aquí, mi oponente llevaba treinta años de espera; me alegró que ella ganara la plaza.

quedaré bastante agradecido por aquellas contrariedades; académicamente, cada oposición fue un acicate para aprender más, para fundamentar mejor mis conocimientos en literatura y ciencias de las religiones. Solo tras muchas derrotas, gracias a una concurrida oposición de candidatos en la UNED, convocada siguiendo la normativa de la magnífica propuesta (de escaso recorrido) de una Habilitación nacional, pude incorporarme de modo definitivo y estable a la Complutense (2007).

A los años convulsos siguieron otros fecundos; menos por las publicaciones que por la profunda meditación que entonces, todavía librado de encomiendas administrativas, pude acometer con calma. Tanto fue así que me animé a solicitar un nuevo proyecto al Ministerio: «Antropología mítica contemporánea»; aún recuerdo el recelo de Javier del Prado sobre el sustantivo del título, observación que me ayudó a afinar la propuesta. El equipo se compuso de veintinueve miembros que entre 2007 y 2011 nos reunimos en seminarios mensuales para dilucidar qué significábamos al proferir la palabra «mito», y de los que resultó el volumen *Mito y mundo contemporáneo*.

(Vaya por delante esta premisa: todo intento por dar una definición válidamente universal del mito está abocada al fracaso. Por la misma razón, no existirá nunca un consenso generalizado sobre la disciplina que lo estudia: no existe una única mitocrítica).

Dato de esos años, si no mi definición, al menos sí mi comprensión holística del mito. Aunque enraizado en una cultura, el mito señala hacia los cuatro puntos cardinales y los dos momentos temporales absolutos (origen, final). Así pude establecer, en primer lugar, las condiciones de posibilidad del mito en la cultura occidental, cuyos faros son, creo, Grecia, Roma e Israel, ayudados por el reflejo de prestigiosas luminarias orientales (Egipto, Babilonia) y otras continentales (mitologías celtas, nórdicas, eslavas, finoúgrias).

Sin duda alguien se preguntará: impulsado por tal afán expansivo, ¿por qué no abordar las tradiciones hindúes, chinas, japonesas, subsaharianas y precolombinas? A la hora de circunscribir algo, siempre vuelvo a mi abuela paterna Amparo, que cada miércoles de los años 70 reunía a sus nietos para almorzar. Apenas nos había servido su suculento potaje de vigilia, yo, glotón, siempre avanzaba el plato y pedía más; y ella, con energía y ternura a la vez, golpeaba mi plato con el cazo mientras pronunciaba sus sabias palabras: «Confórmate, que se llena antes el papo que el ojo». Por eso, a regañadientes, he puesto siempre un freno a mi apetito por entrometerme en mitologías cuya *Weltanschauung* me queda distante y he preferido, salvo contadas excepciones (*Popol Vuh*), limitarme a la cultura occidental.

Más importante que el espacio, al menos para mí, se presenta el tiempo. Los mitos no se circunscriben a la Edad Antigua porque integran naturaleza y cultura (la dialéctica entre estas dimensiones alargaría *ad infinitum* este texto). Hay, sí, mitos

de las antiguas tradiciones egipcia, babilónica, judía y grecolatina, pero también de las Edades Oscura y Media: Arturo, Melusina, Grial, Beowulf, Sigfrido, Brunilda... (el término «Edad» adquiere aquí menos un carácter histórico que mental). De ahí surgen mis incursiones a través de textos posteriores a la romanización y cristianización, florecientes en los siglos inmediatos: las *Eddas* nórdicas, los *Mabinogion* celtas, el *Kalevala* finlandés... todas ellas ofrecen homologías con las grandes tradiciones mitológicas.

Ciertamente, a diferencia de la Antigüedad, la abrumadora difusión del cristianismo reduce la carga o valencia trascendente de los relatos míticos, cuando no los demoniza por obscenos o perversos (Agustín de Hipona) o los manipula para convertirlos en utillaje apologético (Isidoro de Sevilla). Pero tengo para mí que los «nuevos» mitos originados entre los siglos VI y XVI, además de testimoniar la imperiosa necesidad humana del aparato mítico, resultan de un curioso proceso de adaptación de los antiguos.

De este modo, los mitos medievales vienen a ser como un palimpsesto, en clave cristiana, en el que traslucen los antiguos.

Más adelante, hube de estudiar qué había quedado en la Edad Moderna de toda aquella mitología antigua y medieval: buscaba calibrar la emanación de mitos modernos. Utilicé para ello un criterio distintivo: solo puede hablarse de mito cuando queda un depósito, aunque sea un adarme subversivo, de dimensión trascendente, tan fundacional en los relatos mitológicos de las grandes culturas antedichas. La regla reducía de modo drástico el número de mitos modernos al de los dedos de una mano, pero ofrecía una garantía incuestionable de certeza epistemológica. En el horizonte europeo, se delineaban, entre otros, Don Juan (aparición de la estatua del Comendador), Hamlet (aparición del espectro), Macbeth (predicción de las brujas posteriormente verificada), Frankenstein (creación del hombre a modo de rebelión diabólica), Drácula (posesión demoníaca del cuerpo de una víctima), etc.

Sé por experiencia que esta concepción restrictiva del mito provoca sarpullidos en algunos oyentes y, en general, en muchos lectores. Pregunto: ¿acaso Gilgamesh, Osiris, Baltasar, Edipo, Antígona, Odín, Frigg, Perceval, Melusina, Sigfrido o las rusalcas presentan diferente valencia mitológica que Fausto, Hamlet, Don Juan, Frankenstein o Drácula? Nuevo palimpsesto en el que se traslucen, ahora en fili-grana anticristiana, los antiguos.

Un inciso. Convendría dilucidar en qué medida estos mitos medievales y modernos son invención, tradición, creencia o ficción. Sinceramente, no creo que todos estos términos sean incompatibles entre sí. Vaya por delante mi convencimiento de que el mito deriva parcialmente del imaginario y la ficción, sin confundirse en modo alguno con ellos. La ficción, por ejemplo, no es sinónimo de mentira (como proclaman los medios sensacionalistas) ni, mucho menos, devaluación del

imaginario (como sostienen los sociólogos del simbolismo). Quizá fuera oportuno ponderar y revisar las fronteras entre la creencia y la ficción (siempre que esta no se enfoque desde una perspectiva simplista), para sopesar la presencia de la ficción en los mitos (e, incluso, aunque en otro sentido, en la religión).

El problema de los mitos contemporáneos es netamente distinto. Si aguzamos la vista, distinguiremos una desemejanza entre la producción contemporánea y las precedentes: los relatos míticos de los siglos xx y xxi apenas ofrecen mitos nuevos, sino agudas y novedosas reestructuraciones de los mitemas donde el mito funciona como hipotexto y pretexto narratológico de carácter accesorio, cuando no indiferente (*Juego de tronos*, *Crónica del asesino de reyes*); si bien perviven formas similares a las modernas (*Los mitos de Cthulhu*, *El señor de los anillos*). El panteón mitológico occidental –al menos en sus rasgos prominentes– ha quedado prácticamente configurado en la primera modernidad.

Todo lo cual nos proporciona una clave hermenéutica de la Mitocrítica Cultural: el estudio del mito, lejos de limitarse a tiempos pretéritos, es herramienta adecuada para comprender los posteriores.

Acabo de mentar otro elemento fundamental: el mitema. Debemos a Lévi-Strauss la invención del término, formado a partir de la jerga lingüística (morfema, lexema, semema), como «la menor unidad de discurso mitológicamente significativa»; también heredamos, por desgracia, su perspectiva estructuralista.

Algunos me tildarán de «mal hijo». Dios me libre: el reconocimiento al ilustre antropólogo no me exime de denunciar la deriva semiótica privada de referente semántico, es decir, de un referente exterior a la clausura de la estructuración lingüística. El autor de *Antropología estructural* reduce el mitema a un útil de pertinencia lingüística, peón movido con objeto de establecer similitudes y oposiciones estructurales entre los elementos de un relato, al margen de toda consideración sobre su carga trascendente, a todos los efectos irrelevante en su minucioso bricolaje.

Por el contrario, en la Mitocrítica Cultural el mitema es la «unidad temática y mitológica mínima cuya indispensable dimensión trascendente o sobrenatural lo capacita para interactuar con otros mitemas en la formación de un mito». La disquisición sobre la dimensión trascendente no es menor.

La crítica sobre las condiciones de posibilidad del mito fue quizá la llave para entrar de lleno en él, analizarlo «desde dentro». La expresión se dice antes de lo que se practica, más aún teniendo en cuenta el aviso de Kant: es preciso «salir fuera del concepto dado para considerar, en relación con [él], algo completamente distinto de lo pensado en él». Las interioridades del mito muestran su estructura, muy sencilla, a base de mitemas, cuya combinación configura cada mito en cuestión; la desaparición o adjunción de un nuevo mitema cambia su composición y lo deriva hacia otro mito. La desaparición de todos los mitemas implica la del mito.

Había dado con la estructura que, unida a la función y las coordenadas espacio-temporales, me ofrecía la clave para definir, ulteriormente, el mito como «relato funcional, simbólico y temático de acontecimientos extraordinarios con referente trascendente sobrenatural sagrado, carentes, en principio, de testimonio histórico, y remitentes a una cosmogonía o una escatología individuales o colectivas, pero siempre absolutas»⁴.

Armado de esta definición (pacientemente modulada durante tres lustros) y las demás herramientas, me atreví entonces a dar un paso más: la creación de órganos difusores y asociativos. Me refiero, lo habrán adivinado, a *Amaltea, Revista de Mitocrítica* (2008), *Acis, Grupo de Investigación de Mitocrítica* (2009) y *Asteria, Asociación Internacional de Mitocrítica* (2010).

Sería ocioso abrumarles ahora con aquellas aventuras; todas ellas reclamaban un equipo. Compañeros leales y desinteresados nunca me han faltado; sin ellos, cada una de las empresas hubiera sido un monumento al ridículo, con ellos, hasta las más imponentes se han vuelto gratas y hacederas. Hoy solo tengo palabras de agradecimiento hacia las personas que no me abandonaron en momentos tan estimulantes como agotadores (sin mentar el accidente grave y las operaciones quirúrgicas). Continúo con los nuevos descubrimientos.

En efecto, así definiría yo la travesía del cabo siguiente y el nuevo mundo que tras él se escondía. El aparejo acertado fue otro proyecto ministerial, «Nuevas formas del mito», en el que colaboraron treinta y ocho miembros entre 2013 y 2015. Además de coordinar los seminarios mensuales, cuya selección fue publicada en *Mitos de hoy. Ensayos de mitocrítica cultural* (2016), por mi parte decidí seguir estudiando el mito «desde dentro».

La operación era exigente y arriesgada, pues requería introducirse en los mitos para indagar las dificultades experimentadas por estudiantes e investigadores: ¿por qué no separaban los auténticos de los falsos, el mineral de la ganga? El «mito» de Don Quijote, Robinson Crusoe, Wilhelm Meister, Madame Bovary, Raskolnikov, Gregor Samsa, Álvaro de Campos (lejos de mí cualquier pensamiento peyorativo a esta gran literatura); los «mitos» del nazismo, del comunismo, del Prozac, de la Viagra, por limitarme a ejemplos sacados de la literatura, la política o la medicina... ¿Cuáles son las razones, me preguntaba sin cesar, de esta inflación mitológica? ¿Ignorancia o indignancia semántica?

Quizá un apurado comentarista de prensa, radio o televisión, acuciado por la búsqueda de términos impactantes en el tiempo acotado de una entrevista, pueda confundir el mito con la mentira; el error viene de antiguo, nada menos que de Platón⁵.

⁴ *Mitocrítica Cultural. Una definición del mito*, Akal, 2022, p. 193.

⁵ He podido estudiarlo en las páginas «El mito como falacia» en *Mitocrítica cultural*.

Pero la precariedad lingüística de científicos, comentaristas o simples usuarios de redes sociales no cuadraba con los errores de bulto cometidos por insignes lingüistas y críticos literarios. Dejé a un lado las frivolidades del sensacionalismo periodístico de masas y me concentré en nuestro terreno literario, donde una legión de ensayos explotaba la terminología mitológica con fines espurios: los mitos de la deformación burguesa (*Mitologías*, de Barthes), de la opresión de la mujer (*El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir o *La risa de la Medusa*, de Hélène Cixous), de la pasión reprimida (*La enfermedad y sus metáforas*, de Susan Sontag), de las diferencias postizas (*El manifiesto Cyborg*, de Donna Haraway). Estos ejemplos bastan para percatarse de la artificiosa hinchazón del vocablo «mito», resultado de una infección que atoraba la fluidez y enturbiaba la claridad necesarias en la deliberación universitaria.

En mi intento por sistematizar esta dificultad, he podido distinguir tres causas:

- 1.^a Creo que algunos entre los grandes críticos, tentados por un prurito de originalidad, se han empeñado en buscar y encontrar, a cualquier precio, mitos donde no los hay o «cotufas en el golfo», como dice socarronamente Sancho.
- 2.^a También he constatado hasta qué punto los críticos se sienten maniatados por una serie de factores configuradores de nuestra sociedad contemporánea: el fenómeno de la globalización, la lógica de la inmanencia y la *dóxa* del relativismo. Estos tres factores han operado a modo de anteojeras que impiden detectar el mito, distinguirlo de sublimaciones, enfermedades y complejos, según los casos⁶.
- 3.^a En fin, creo que otros se dejan llevar por el «espejismo» del término: mito remite a la sabiduría de los antiguos, a la severidad de la religión, a la majestad de los dioses. Por un procedimiento similar a la magia simpática, quien utiliza la palabra «mito» cree elevarse entre sus colegas, al modo como Barthes escribe que Margarita Gautier, amada de Armand en *La dama de las camelias*, se siente liberada de su enajenación y promovida en la estima entre sus amigas: el lenguaje siempre ha sido un dispositivo para marcar sesgadamente una brecha social.

Esta consideración me llevó, como de la mano, al estudio de los procesos de mitificación y desmitificación. No tuve más remedio que introducirme en la historia. Sin duda cabe detectar referentes históricos de Gilgamesh, la destrucción de Troya, Fausto (Johann Georg Faust) o, incluso, inventarlos, como historiadores y escritores hicieron con Don Juan (Miguel de Mañara). Afronté entonces la tarea

⁶ Véase, por ejemplo, *Nuevas formas del mito* (2016) y «Cultural Myth Criticism and Today's Challenges to Myth», en *Explaining, Interpreting, and Theorizing Religion and Myth*, N. B. Roubekas & T. Ryba (eds.), 2020, pp. 355-370.

de trazar el proceso de pseudomitificación del personaje histórico: difuminación de los testimonios históricos, adopción de gestos identificadores y consiguiente suscitación del deseo, aumento de la distancia física o cronológica. La noche del 9 de agosto de 2012, tras ganar en Londres su séptimo título olímpico consecutivo, Usain Bolt exclamó: «Ahora soy leyenda»; el deportista era consciente de que estaba generando lo que la prensa denomina un «mito» (un pseudomito). Ajena al populismo y al sensacionalismo, mal que le pese, la crítica universitaria tiene la encomienda de clarificar el panorama; llamar al pan, pan, y al vino, vino.

A la vuelta de los años, el resultado ha sido sorprendente: ha permitido comprender mucho mejor los mitos desde nuestra sociedad actual y nuestra sociedad actual desde los mitos (más aún: me permite conocerme a mí).

Sin solución de continuidad, solicité y obtuve para los años 2016-2019 otro proyecto, financiado esta vez por la Comunidad de Madrid: «ACIS & GALATEA». El acrónimo es elocuente. «Acis, Grupo de Investigación de Mitocrítica», hasta entonces nuestro grupo siempre había operado en solitario; a partir de ese momento debía liderar, en amigable entente, la coordinación de diez grupos de seis universidades: un total de ciento veinticinco miembros entregados a las «Actividades de investigación en mitocrítica cultural».

Escuchando las intervenciones de los compañeros en los seminarios mensuales, tuve, como Pablo de Tarso en su camino hacia Damasco, una revelación. No era religiosa, ni mítica, sino epistemológica: comprendí el origen de la maraña de otro laberinto nominalista; muchos investigadores denominaban «mitos» a tantos relatos que, de algún modo, compartían el inmenso espectro de los posibles (o aparentes) mundos sobrenaturales.

Tras batirme con el monstruo que hasta entonces me aherrojaba (una auténtica lucha contra mis prejuicios), retomé el hilo de Ariadna (no estaba solo), desanduve el camino (cientos de folios a la basura) hasta dar con la salida.

Había distinguido en toda su claridad los correlatos imaginarios próximos al mito: el esoterismo, la fantasía y la ciencia ficción. Los dos primeros coinciden con el mito en presentar una trascendencia; el último, una apariencia de trascendencia (ulteriormente siempre negada). Pero había que despejar las confusiones; de ahí el estudio de las diversas trascendencias: impersonal, flexible y paracientífica, respectivamente. El modo como cada relato prioriza una u otra confiere su carácter principal, limitando las demás a un nivel subsidiario⁷.

Paralelamente a esta reflexión corría otra sobre las relaciones entre el mito y nuestra sociedad en el tiempo actual: quería saber en qué medida la postmodernidad afecta al mito. Esto requería retornar a aquellos tres factores configuradores

⁷ Algunas de estas reflexiones han sido publicadas en *Myth and Audiovisual Creation* (2019) y *Mito y ciencia ficción* (2021).

de nuestra sociedad contemporánea (globalización, inmanencia, relativismo), a la dicotomía entre inmanencia y trascendencia, a la tensión entre naturaleza y cultura, a la hibridación entre literatura y religión.

En este proyecto asumí que la mitocrítica desarrollada en los últimos años era y es «cultural».

En primer lugar, porque la noción de cultura propuesta (testimonio de los valores con los que investimos el mundo) irriga su práctica a tenor de valores rectores: esta mitocrítica misma es ya cultura. En segundo lugar, porque su teoría mana del modelo de una tradición mitológica fuera de lo común (sin prejuzgar otras aplicadas a cualesquiera grandes corrientes mitológicas). En tercer lugar, porque, con el debido respeto a otras disciplinas, mantiene una prudente distancia para salvaguardar su autonomía: está capacitada para fundamentarse como investigación sobre los mitos a partir de los textos en un entorno de sana interdisciplinarietà. En cuarto lugar, porque aquilata siempre las raíces culturales: analiza previamente los mitos en sus fuentes primigenias. En quinto lugar, porque respeta tanto la sincronía como la diacronía: estudia los mitos en su horizonte de expectativas y su recepción a través del tiempo. El adjetivo «cultural» tiene menos de premisa que de resultado: ayuda a integrar mitocrítica y cultura.

La nueva exploración tomó por sobrenombre «AGLAYA», proyecto financiado por la Comunidad de Madrid (2019-2023). Ciento sesenta miembros de trece grupos de investigación de siete universidades me confiaron la coordinación de las «Estrategias de innovación en mitocrítica cultural». Ciertamente, durante el primer año el rastreo topó con obstáculos imponentes: el confinamiento nos obligó a la modalidad de los seminarios mensuales por vía telemática.

En cuanto a mí, durante este periodo he focalizado mi atención hacia un eje fundamental que pueda, de modo sintético, poner un broche a esta aventura básicamente analítica: se imponía trazar una metodología.

Intuitiva en sus primeros vagidos y deductiva en su aplicación, había de solidificarse, sin perder elasticidad, para facilitar la tarea de futuras pesquisas por otros investigadores. De ahí la adopción de las siguientes premisas:

- 1.^a La definición del mito y exposición de su estructura a base de mitemas. Todo estudio de mitocrítica exige la asunción previa de una definición del mito válida para todos los casos (de otro modo, adaptar la definición a cada caso implica 'jugar con cartas marcadas').
- 2.^a La metodología requiere una propiedad terminológica conducente a distinguir el mito de otras herramientas anejas (símbolo, tema, arquetipo, prototipo, héroe, etc.), otros correlatos del imaginario (esoterismo, fantasía, ciencia ficción), mitos de pseudomitos (Afrodita, Fedra, el Grial, Don Juan, Drácula son mitos; Napoleón, Che Guevara, Marilyn Monroe, el Aston Martin de

James Bond, el Viagra, el progreso infinito, la inteligencia artificial son pseudomitos).

- 3.^a Identificación de tres factores principales: el fenómeno de la globalización, la lógica de la inmanencia y la *dóxa* del relativismo. Estas «lógicas», configuradoras de la sociedad occidental contemporánea, han modificado gravemente el concepto, la recepción y la difusión de los mitos antiguos, medievales y modernos; también han promovido la creación de una pseudomitología que entra en conflicto con el significado y la función auténticos del mito. Son importantes por su valor heurístico: ayudan a comprender las dificultades encontradas por la crítica académica para detectar y analizar convenientemente los mitos en los textos literarios y las obras artísticas.
- 4.^a Análisis del mito «dentro» del mito y «para» el mito, esto es, en sí mismo (sin hacer caso de sublimaciones psicoanalíticas o deformaciones sociales), y con el objeto de comprenderlo en su integridad (para después aplicar sus enseñanzas a otros ámbitos). Esta metodología recusa así la utilización servil de los relatos mitológicos por otras ciencias (antropología, sociología, política, psicoanálisis). Lejos de ser ignoradas, estas disciplinas científicas y sus respectivas técnicas serán puestas a contribución para comprender el significado de los diversos procesos de mitificación y desmitificación operados sobre las tres dimensiones estudiadas por la mitocrítica: material, humana y divina.
- 5.^a Consideración de la función esencialmente onomasiológica del mito. Frente a la crítica embarazada por el discurso de la negatividad, la mitocrítica cultural asume la dimensión metasémica del referente. Sin reducirse a mera metáfora, el texto mítico tiene todo el derecho a estructurarse metafóricamente, a establecer una correlación entre los niveles paradigmático y sintagmático.
- 6.^a Naturaleza interdisciplinar de la mitocrítica. Sin abandonar el análisis del imaginario simbólico, los estudios de mitología invaden todas las manifestaciones culturales. Esta nueva mitocrítica se encarga de estudiarlas en campos tan amplios como la literatura, las artes visuales, musicales y del espectáculo.
- 7.^a Aceptación incuestionable del misterio. Nada hay tan actual como el mito ni tan necesario como su análisis sosegado y respetuoso, que abre el espíritu para las correspondientes lecturas metafóricas, alegóricas, anagógicas y misagógicas. Esta disciplina se presenta así como una empresa de gran calado: la mujer o el hombre que no acepte el misterio está impedido para la auténtica ciencia; peor aún, no podrá desarrollarse como mujer cabal, como hombre cabal. Tenemos por delante una fascinante tarea humanista.

Malamente he resumido algunos pasos de mi reflexión en estos lustros: la teoría de la Mitocrítica Cultural, una definición, metodología y hermenéutica del mito, y una epistemología de la disciplina que lo estudia.

AGRADECIMIENTOS / ACKNOWLEDGEMENTS

Esta edición ha sido posible gracias a la financiación de la Comunidad de Madrid y del Fondo Social Europeo a través del Proyecto de Investigación «AGLAYA. Estrategias de Innovación en Mitocrítica Cultural» (ref. H2019/HUM-5714).

This edition has been possible thanks to the funding of the Comunidad de Madrid and the European Social Fund via the Research Project «AGLAYA. Innovation Strategies on Cultural Myth Criticism» (ref. H2019/HUM-5714).



Esta primera edición de
Mito: teorías de un concepto controvertido,
coordinada por José Manuel Losada y Antonella Lipscomb,
se acabó de imprimir el 23 de diciembre de 2023,
aniversario del nacimiento de Juan Ramón Jiménez,
en Moguer (Huelva), en 1881.



© de los textos: José Manuel Losada y Antonella Lipscomb (eds.)
© Colección Trivium de Textos y Ensayo, 2023
GRUPO EDITORIAL SIAL PIGMALIÓN
Bravo Murillo, 123, 6.º D • 28020 Madrid (España)
Tels.: 91 535 4113 / 686 500 013
Correo electrónico: editorial@sialpigmalion.es

Imagen de cubierta: *Don Juan y la estatua del comendador*, Alexandre-Évariste Fragonard, ca. 1830-1835.

Dirección de la colección: José Ramón Trujillo y Basilio Rodríguez Cañada
Diseño de la colección: Grupo Editorial Sial Pigmalión

La reproducción total o parcial de este libro, incluido su diseño,
sin autorización de los titulares del copyright, vulnera los derechos reservados.

Maquetación: María Celaya. www.apiedepagina.net
ISBN: 978-84-19928-03-0
Dep. Leg.: M-22230-2023
Hecho en España (Unión Europea)

